

del abismo por una fuerza irresistible, soltó maquinalmente las ramas.

Mas cuando esperaba oír el silbido del aire arremolinado en derredor suyo y sentir su cuerpo destrozado por las puntas de los peñascos, levantáronle unos brazos robustos y le trasportaron al pié de un ribazo próximo al precipicio. ¡Se había salvado! Sin embargo, aquellos brazos le sacudían muy brutalmente para ser los de un amigo.

XXV

EN DÓNDE EL MARQUÉS DE SOUDAY NO DISIMULA SU ENOJO

Al día siguiente á aquel en que llegaron el conde de Bonnevillle y su compañero al castillo de Souday, volvía el marqués de su expedición ó de su conferencia. El buen hidalgo que según trazas llevaba negrísimo humor, regañó á sus hijas por no haber salido á recibirle, echó pestes contra Juan Oullier que por sí y ante sí había ido á la feria de Montaigu sin pedirle permiso, y reprendió á su cocinera, que supliendo la ausencia del mayordomo, había salido á sujetarle el estribo y en vez de coger el de la derecha, tiraba fuertemente del izquierdo, lo cual obligó al marqués á apearse por el lado opuesto al de la gradería.

Al entrar el señor de Souday en el salón, siguió manifestando su cólera con tan enérgicos monosílabos, que Berta y Mary, aunque acostumbradas ya al desenvuelto lenguaje del emigrado, no sabían qué gesto poner para no dar pábulo á su enojo. En vano recurrieron á las más tiernas caricias para desarrugar el ceño de su padre, en vano trataron de aplacar su ira por todos los medios imaginables: el marqués golpeaba con el látigo sus botas de montar, sintiendo sin duda no poder hacer otro tanto con los señores X y Z, á lós cuales dirigía entre dientes los más expresivos improperios. No cabía duda que el marqués estaba muy irritado.

En efecto, hacía ya algún tiempo que el señor de Souday

estaba desconocido: la caza le aburría, haciale bostezar el *whist* con una frecuencia desconsoladora para sus compañeros de juego; el goce de sus honores y prerrogativas le parecía insípido é insuficiente para halagarle, y triste y nauseabunda su morada. Sin embargo, de diez años á aquella parte no había tenido nunca tanta elasticidad en las piernas, tan desahogado el pecho, y tan claro el entendimiento como entonces. El marqués entraba en el segundo período de la virilidad, en el cual la inteligencia despide antes de espirar una llama tan viva como fugaz, y en que el cuerpo reúne todas las fuerzas como preparándose para la lucha postrera: por eso se encontraba tan ágil y robusto; por eso menospreciaba sus monótonos y tranquilos pasatiempos. Se le había antojado que las luchas y agitaciones de una nueva Vendée bastarían para disipar el tedio que le consumía y satisfacer los anhelos de su nueva mocedad, creído de que en la aventurera existencia de guerrillero encontraría otra vez las vivas fruiciones cuyo recuerdo era el encanto más agradable, el goce mejor de su ancianidad.

Nadie había acogido con tanto entusiasmo la nueva del alzamiento, pues aquella conmoción política halagaba su grandísimo egoísmo, probándole una vez más que el universo entero estaba ordenado con todas sus leyes y experimentaba todas sus metamorfosis, sólo para gozo y satisfacción del dignísimo y respetable señor marqués de Souday. Desgraciadamente sus correligionarios políticos habían mostrado una tibieza y un anhelo de demorar la lucha que exasperaban la bilis del belicoso hidalgo. Unos pretendían que el espíritu público no estaba bastante preparado para aquel trastorno político; otros, que no era prudente arriesgarse á probar fortuna sin contar con algún apoyo en el ejército, y algunos llegaban á sostener que el entusiasmo político y religioso había menguado en la montaña, y que por lo tanto el alzamiento no podía pasar de una vana é infructuosa tentativa; mas el buen marqués no alcanzaba á comprender que la Francia entera no estuviese dispuesta á armarse, cuando él lo consideraba como un ameno pasatiempo, cuando Juan Oullier había limpiado su mejor carabina y bordándole sus hijas una escarapela y un corazón arrojando llamas; así es que no se dejó convencer por los capciosos argumentos de sus correligionarios, y salió de la sala sin esperar que se levantasé la sesión.

Sabiendo Mary que su padre tenía en gran veneración las nobles prácticas de la antigua hospitalidad, creyó que el anuncio de la llegada de los viajeros sería un poderoso antídoto contra su enojo, y cuando vió que éste había llegado á su apogeo, participóle la presencia del conde de Bonneville en el castillo.

—¡Bonneville! exclamó el marqués; no conozco ese nombre. Sin duda será algún góllilla ó algún oficial advenedizo de esos que tanto abundan en el día y sólo se baten con la lengua; algún pisaverde que vendrá á probarnos que es preciso dejar que Luís Felipe acabe de desprestigiarse, como si la popularidad sirviera de algo. Si así fuera, poco nos costaría conquistarla á nuestro rey.—Ya veo, contestó muy cercana una voz suave y meliflua, que el señor marqués desea un levantamiento inmediato.

Volvióse el de Souday y vió á un mozalbete en traje de aldeano, que apoyado como él en la chimenea calentábase también los piés al hogar: era Petit-Pierre. El castellano estaba vuelto de espaldas, y en la vehemencia de sus imprecaciones no observó las señas con que sus hijas le advertían la presencia del huésped que tan callandito entraba. Petit-Pierre aparentaba tener diez y seis ó diez y ocho años, aunque era muy delgado y endeble para tal edad; blanco de rostro, mas con largos y negros rizos; sus rasgados ojos azules brillaban de inteligencia; en su agraciada boquita asomaba una maliciosa sonrisa, y su abultada barba indicaba una fuerza de voluntad extraordinaria, completando en fin una nariz algo aguileña su aristocrática fisonomía, á la cual sentaba poco la sencillez del vestido.

—El señor Petit-Pierre, dijo de pronto Berta tomándole de la mano y presentándole á su padre.

Inclinóse el marqués, y el aldeanillo hizo un graciosísimo saludo. No le cogió muy de nuevo al antiguo emigrado el traje y el nombre de Petit-Pierre, pues la primera guerra de la Vendée le había dado muchos ejemplos de individuos de la más encopetada nobleza que encubrían su elevado linaje con un pseudónimo y con rústicos disfraces su distinguido porte; pero lo que más le preocupaba eran los pocos años del mancebo, á quien dijo:

—Mis hijas, caballero, han tenido la alta satisfacción de ofrecer un asilo á vos y á vuestro noble compañero el señor conde de Bonneville al par que yo el sentimiento de no poder

recibiros en persona. Seguramente os informaron de mi ausencia: á no haber sido por esos mentecatos, habría tenido la honra de abrirlos yo mismo las puertas de mi pobre albergue; mas me complazco en creer que las niñas habrán hecho dignamente los honores de la casa, dándoos á entender que haremos cuanto nos permitan nuestros escasos medios para haceros llevadera vuestra permanencia en ella.—Creed, señor marqués, contestó con galantería Petit-Pierre, que vuestra hospitalidad será mucho más preciosa ejercida por tan graciosos intermediarios.—¡Qué sé yo! contestó el marqués como dudando; no digo que en otras circunstancias no fuesen capaces de distraer con algún ameno pasatiempo á los huéspedes del castillo, pues Berta sabe acorrallar al javalí como el primer cazador y Mary no tiene rival en la caza de la becada; mas ahora sólo pueden ofreceros distracciones de género más sosegado, y por cierto que exceptuando alguna habilidad en el *whist*, no las creo muy aptas para hacer los honores de un salón: de modo que no nos queda otro recurso que pasar las veladas junto á los tizones, á los cuales empujó con el pié como para demostrar que su cólera no estaba aún aplacada.—Sea como fuere, repuso Petit-Pierre, creo que pocas señoras de la corte pueden alabarse de aventajar en gracias y en distinción á esas lindas señoritas, y ninguna de reunir á sus atractivos la nobleza de corazón y los elevados sentimientos que acaban de mostrarme.—¿La corte? exclamó atónito el marqués mirando á Petit-Pierre.

Petit-Pierre se sonrió, y corriéndose como un actor que se equivoca ante un público benévolo, respondió:

—He dicho la corte, señor marqués, porque allí deberían estar vuestras hijas según el distinguido nombre que llevan, y también porque me holgaría mucho de que se encontraran en ella.

Sonrojóse el marqués de Souday á su vez de haber ruborizado á su huésped, comprendiendo que casi sin quererlo había faltado al incógnito que éste deseaba conservar, y su exquisita cortesía le reprendía esta falta.

Petit-Pierre continuó:

—Os decía, señor marqués, cuando estas señoritas me han hecho el honor de presentarme á vos, que opinabais por un levantamiento inmediato.—¡Pardiez! lo confieso, pues parece que sois de los nuestros, caballero.

Petit-Pierre hizo un ademán afirmativo.

—Sí, prosiguió el marqués, opino por un pronto levantamiento; pero por más que yo diga y haga, no escucharán al viejo hidalgo curtido por el fuego terrible de la Vendée de 1793 á 97, sinó á esa cáfila de charlatanes, de abogados sin pleitos, de almibarados petimetres, que temen ensuciarse el vestido echándose entre los matorrals ó pillar un costipado acostándose al raso, de imbéciles, de gallinas, de.... He dicho. Y el marqués daba fuertes taconazos á los tizonos, que se vengaban arrojándole á las botas millares de chispas.—Papá, dijo Mary en voz baja notando que Petit-Pierre se sonreía; papá, calmáos.—Nó, contestó enfurecido el anciano, no quiero calmarme. Todo estaba preparado, y Juan Oullier me había dicho que nuestra división hervía de entusiasmo, mientras que ahora debemos esperar hasta Dios sabe cuándo.—¡Paciencia, señor marqués! repuso Petit-Pierre; ya llegará la hora, perded cuidado.—¡Paciencia, paciencia! replicó el de Souday encogiéndose de hombros; á vos os cuesta muy poco decirlo, porque sois mozo y os queda tiempo; mas yo no sé si Dios me concederá bastante vida para ver desplegada la santa y antigua bandera por la cual tan contento he combatido.

Las palabras del anciano conmovieron á Petit-Pierre, quien le preguntó:

—Señor marqués, ¿no habéis oído decir como yo que el levantamiento sólo se había aplazado por la incertidumbre en que se estaba respecto á la venida de la princesa?—¡Y! exclamó el marqués con airado acento. No me vengan á mí con tales historias. ¿Creéis por ventura que he olvidado la primera guerra de la Vendée en la cual se nos llevó cinco años engañados con la esperanza de que el rey vendría á esgrimir su espada al frente de sus fieles defensores? ¿Acaso no me encontré en el famoso 2 de octubre entre los realistas que esperaban al conde de Artois en la playa de l'Île-Dieu? Así vendrá la princesa en 1832 como el príncipe en 1796; mas eso no ha de privarme de morir por su causa.—Señor marqués de Souday, contestó Petit-Pierre profundamente conmovido, os juro que la duquesa de Berry habría venido á Francia aunque sólo hubiese tenido una cáscara de nuez, á fin de tomar cumplida venganza bajo la bandera que tan valerosamente tremoló en otro tiempo el bravo Charrette; os juro que vendrá, si no á vencer con ella, á morir bajo sus pliegues con los denodados campeones de su hijo.

Atónito y confuso el marqués de Souday ante la energía de su acento, y aun más de que un aldeanillo de diez y seis años profiriese con tanta entereza semejantes expresiones, preguntóle:

—¿Quién sois vos para hablar así de las intenciones de su Alteza Real?—Páreceme, señor marqués de Souday, que cuando vuestras hijas han tenido la amabilidad de presentarme á vos, os han dicho mi nombre.—Es cierto, contestó desconcertado el marqués; dispensad. Sin embargo, añadió tomándole por el hijo de algún gran personaje, ¿sería indiscreto preguntaros vuestra opinión acerca de la oportunidad del alzamiento? A pesar de vuestros pocos años veo en vos tanta cordura y resolución, que me alegraría de saberla.—No trataré de ocultaros mis ideas, pues á lo que veo no difieren mucho de las vuestras.—¡De veras!— Mi opinión, si me es lícito manifestar una....—Sí por cierto, que al lado de los mentecatos caballeros que he oído esta noche, os considero como uno de los siete sabios de Grecia.—Hacéisme sobrado favor, señor marqués. Por mi parte, creo que ha sido una verdadera desgracia que no hayamos podido iniciar la revuelta en la noche del 13 al 14 de mayo, como al principio se había concertado.—¿Qué tal? ¿No lo decía yo? ¿Y en qué razones os fundáis para sostenerlo? Veamos.—Me fundo en que los soldados están en las aldeas diseminados en sus alojamientos, siendo por lo tanto muy fácil sorprenderles y desarmarles aprovechando su estupor.—Es muy cierto; pero ahora ya....—Ahora ya ha cambiado de aspecto la cosa, pues de dos días á esta parte los destacamentos de poca importancia han recibido orden de abandonar sus acantonamientos y estrechar la red de las fuerzas que ocupan el país, no ya en pequeñas partidas, sinó por batallones y hasta por regimientos: de modo que ahora sólo podemos alcanzar la victoria derrotando al enemigo en campal batalla.—¡Es incontestable! exclamó el marqués entusiasmado; lo que siento en el alma es que en las mil y una razones que he expuesto á mis adversarios no he atinado en esa. Y ¿estáis bien seguro de que las tropas que guarnecen el país han recibido ya esa orden?—Segurísimo, caballero, contestó Petit-Pierre con el tono más modesto que pudo.

El marqués le miró con asombro y prosiguió:

—¡Cáspita! Es sensible, muy sensible; pero ¿qué le haremos? Yo creo, amigo mío, y permitidme que os dé este

nombre, que lo mejor será esperar, como há poco decíais, que nuestra María Teresa venga á impetrar el auxilio de sus fieles húngaros, y mientras esperamos este día, brindemos alegremente á la salud de su vástago real y de la bandera sin mancilla; para esto será preciso que esas señoritas se ocupen en aderezar el almuerzo supliendo la ausencia de Juan Oullier, á quien alguien se ha permitido mandar á Montaigu sin mi anuencia, añadió dirigiendo á sus hijas una mirada algún tanto colérica.

—Ese alguien soy yo, contestó Petit-Pierre en tono cortés y con firmeza. Os suplico que me perdonéis esta libertad, en gracia del objeto que la motivó, pues nos convenía mucho saber cómo se encontraban los ánimos de los aldeanos reunidos en la feria de Montaigu.

A pesar de su timbre suave y apacible, tenía la voz de Petit-Pierre un acento tan firme sin ser afectado, y una expresión de tanta superioridad, que el marqués al oírla no se atrevió á replicar, y al evocar el recuerdo de todos los personajes á quienes en sus tiempos había conocido, tratando de adivinar de cuál de ellos descendía su interlocutor, tan sólo acertó á balbucir algunas palabras de asentimiento. En esto entró en el salón el conde de Bonneville á quien Petit-Pierre suplicó le permitiera presentarle al marqués en calidad de amigo, que ya lo era suyo, y el buen hidalgo, movido por las simpatías que experimentaba por Petit-Pierre por el interesante coloquio que con él acababa de tener, no encontró por cierto menos agradable á su noble compañero, cuyo semblante franco y jovial acabó de sofocar los últimos restos de su enojo. Apretóle cordialmente la mano, juró olvidar la cobardía de sus follones y medrosos camaradas, é invitando á sus huéspedes á pasar al comedor, propúsose poner en juego toda su habilidad para inducir al conde de Bonneville á revelar el verdadero nombre de su singular compañero. En esto entró Mary anunciando que estaba puesta la mesa.

XXVI

DONDE EL MARQUÉS DE SOUDAY SE AFLIGE PORQUE PETIT-PIERRE NO ES HIDALGO

Cuando llegaron al comedor, el anfitrión y sus huéspedes detuviéronse á la puerta, ante el formidable aspecto de la sala. De su centro alzabase, cual antigua ciudadela dominando los edificios de su alrededor, un soberbio pastel de corzo y jabalí, flanqueándola á los cuatro puntos cardinales un grandísimo sollo que no bajaba de quince libras, tres ó cuatro gallinas en adobo, una verdadera torre de Babel de chuletas, y una inmensa pirámide de gazapos con salsa verde; y como sirviéndole de puntos avanzados, la cocinera de Souday había rodeado estos manjares de numerosos platos de frituras, manteca, anchoas, aceitunas, pepinillos, rábanos, frutas y conservas de todas clases, confundidos y apiñados en pintoresco desorden, presentando un grato espectáculo á la vista de los huéspedes del castillo, cuyo apetito habiase despertado con el penetrante y saludable airecillo de las selvas del país de Mauges.

—¡Caramba! exclamó Petit-Pierre parándose como hemos dicho al ver aquel formidable aparato; en verdad, señor de Souday, que tratáis con sobrada esplendidez á unos pobres aldeanos como nosotros.—Nada de eso, amigo mío; no he tenido la menor parte en ello, y por lo tanto no hay que agradecerme ni criticármelo, sinó á esas señoritas; sin embargo, aunque creo excusado decíroslo, debo manifestaros que tendré un gran placer en que honréis con vuestra indulgencia la mesa de un pobre hidalgo campesino.

Al terminar estas palabras el marqués empujó suavemente á Petit-Pierre para que se sentara á la mesa, á lo cual accedió diciéndole:

—No me atrevo á aseguraros que honraré dignamente vuestra mesa, pues soy poco gastrónomo.—Comprendo, con testó el marqués: estáis acostumbrado á más delicados man-